

Lección Inaugural
Curso Académico 2016-2017

ARCHAEOLOGIAE LAVS
(ELOGIO DE LA ARQUEOLOGÍA)



por
Lorenzo Abad Casal
Catedrático de Arqueología

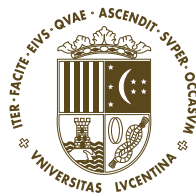


Universidad de Alicante
15 de septiembre de 2016

Lección Inaugural

Curso Académico 2016-2017

U n i v e r s i d a d d e A l i c a n t e



ARCHAEOLOGIAE LAVS
(ELOGIO DE LA ARQUEOLOGÍA)

LORENZO ABAD CASAL
CATEDRÁTICO DE ARQUEOLOGÍA

Me cabe el honor de pronunciar la lección inaugural del presente curso académico, no tanto por méritos personales como por los muchos años transcurridos desde que tomé posesión en Valencia, en el año 1979, cuando la universidad de Alicante aún no existía.

Este acto académico es un buen momento para desde el presente mirar hacia el pasado y sobre todo hacia el futuro. Puedo decir que estoy satisfecho de haber contribuido a poner en marcha los estudios de Arqueología dentro de nuestra universidad. Y sobre todo de haber podido aglutinar a un grupo de discípulas y de discípulos que son hoy referentes en el ámbito de esta disciplina. Cosas ambas que van íntimamente ligadas.

La Arqueología ha sido mi trabajo, pero también mi vida. Arqueología entendida en su sentido más amplio, no solo como excavación, que por mucho que la mentalidad popular, los medios de difusión y, lo que es peor, incluso nuestras propias autoridades, se empeñen, no es más que una parte de la Arqueología. La excavación es arqueología, indudablemente, pero la arqueología es mucho más que excavación. No puede haber excavación sin arqueología, pero sí que puede y debe haber arqueología sin excavación.

El título elegido para esta lección es *Elogio de la Arqueología, Archaeologiae Laus*, título que se inspira en la *Stultitiae Laus, Elogio de la Locura*, de Erasmo de Rotterdam. No es mi intención desde luego relacionar *Archaeologia con Stultitia*, aunque una cierta *stultitia*, una cierta insensatez, sí que parece necesaria para haberse dedicado al estudio de esta disciplina. Un pequeño soplo de esa *stultitia*, de esa locura, es la que ha permitido que la Arqueología haya echado raíces en la Universidad de Alicante, que ésta haya sido pionera en adaptarla a los nuevos tiempos, en abrirla temáticamente y en superar el rígido corsé que la equiparaba a lo antiguo o a una disciplina metodológica que solo servía para excavar. Creo que hemos contribuido a ampliar sus métodos de estudio, su concepción disciplinar y su fundamentación teórica a toda la historia de la Humanidad. Digo historia de la Humanidad y digo bien, o al menos digo lo que quiero decir. Desde el momento en que la Humanidad aparece, y hasta el día de hoy, la Arqueología tiene mucho que hacer y mucho que decir. Busca —y a veces incluso encuentra— hechos, acontecimientos, procesos, a través de los cuales se infieren pensamientos, ideas, modelos, que con la ayuda de otros métodos y de otras disciplinas pueden contribuir a mejorar el conocimiento del ser humano y del mundo en que se desenvuelve.

Unas pinceladas sobre la historia de la disciplina

Para entender qué es la Arqueología, o por lo menos qué pensamos hoy que es la Arqueología, hay que remontarse mucho tiempo atrás. Que para eso somos también, no se olvide, historiadores.¹

Arqueología es una palabra utilizada por el historiador griego Tucídides para a los episodios que van a desembocar en la Guerra del Peloponeso, en la segunda mitad del siglo V antes de nuestra era. Es aquí una “*ciencia de lo antiguo*”, una especie de Historia de Grecia inmediatamente anterior a su época. Curiosamente, la primera vez que aparece no se refiere en absoluto a lo que va a ser su razón de ser: los objetos.

Entre Tucídides y el siglo XIX, cuando resulta ya habitual el uso del término Arqueología, hay un largo discurrir que tiene un punto de inflexión en el Renacimiento. La invención de la imprenta amplió la difusión del saber sobre la antigüedad, hasta entonces muy limitado y restringido, y permitió mejorar el conocimiento de la historia antigua y de la lengua latina. Ambas facilitaron la interpretación de los monumentos antiguos; muchos de ellos nunca habían desaparecido de la vista, pero su función se había difuminado con el paso del tiempo.

Fuentes escritas, conocimiento de la lengua y trato directo con los monumentos serán desde entonces los pilares básicos del estudio de la Antigüedad. Ello cristalizará en el siglo XVIII, cuando los eruditos ilustrados puedan dedicarse al reconocimiento y a la interpretación de las antigüedades, sobre todo de Roma, pero también de Grecia y de otros países del entorno mediterráneo. No hay que olvidar que la expedición de Napoleón a Egipto, en los últimos años del siglo, incluyó un nutrido grupo de académicos preocupados por la cultura egipcia. En su transcurso se descubrió la piedra Roseta, que permitió reconocer la escritura y la lengua egipcias y marcó el camino para el desciframiento de otras escrituras desconocidas, con todo lo que ello supuso para sus respectivas culturas.

El intenso movimiento cultural que se produjo en el siglo XVIII permitió grandes avances en disciplinas como la crítica textual, la epigrafía y la numismática, pero también en el estudio de los objetos y el desarrollo de las excavaciones.² Entre estas destacan las que el ingeniero de minas aragonés Roque Joaquín de Alcubierre dirigió en Pompeya y Herculano por encargo de Carlos V de Nápoles, posteriormente Carlos III de España. Eran excavaciones realizadas mediante galerías subterráneas —para lo que tan bien se prestaba la lava que cubría las ruinas— que se ensanchaban en aquellos lugares donde se detectaban áreas de interés y riqueza.

A estas excavaciones se debe el descubrimiento de numerosas estructuras arquitectónicas, decoraciones pintadas, mosaicos y objetos muebles, y a ellas se debe el germen de lo que hoy entendemos como Arqueología Clásica. Desde el primer momento

1.- Mucho es lo que se ha escrito sobre la historia de la Arqueología. Una reciente obra de síntesis, bien documentada y de fácil lectura, es la de Jorge García Sánchez, *Breve historia de la Arqueología*, Madrid, 2014.

2.- Tradicionalmente se ha señalado el papel del monje benedictino Jean Mabillon y de la escuela que él representa en el afianzamiento de esta tendencia. Reflexiones sobre este tema, y sobre la arqueología clásica en el siglo XVIII en general, pueden verse en Gloria Mora Rodríguez, *Historias de mármol. La arqueología clásica española en el siglo XVIII*, Madrid 1998.

se tuvo en cuenta la conservación y mantenimiento de lo encontrado, como testimonian las propias ruinas y el Museo de Nápoles creado para conservarlas. Por ejemplo, la estupenda colección de papiros de Herculano que dio nombre a la villa donde se descubrió, para cuyo desenrolle y lectura el abad Piaggio llegó a inventar un aparato *ad hoc*, y para cuya custodia y estudio se creó la Real Academia Herculanense.

Estas excavaciones campanas cuentan también con su '*leyenda negra*'. Algunos prohombres del conocimiento histórico de la época, como Johann Joachim Winckelmann, cuyos trabajos habían permitido nada menos que la sistematización de la escultura griega, criticaron acerbamente el método y las excavaciones de Alcubierre, más como consecuencia de rivalidades personales que de discrepancias científicas.³.

El siglo XVIII es el siglo de oro del estudio de la antigüedad clásica, que incluye historia, filología y arte, con eruditos que dominan todas estas disciplinas. Se inicia el auge de lo que se conoce como *Altertumswissenschaft*, "*ciencia de la antigüedad*". Dentro de ella, la arqueología y los arqueólogos se van orientando cada vez más al estudio de sus facetas monumentales y artísticas.

La Arqueología Clásica, esto es, el estudio de los monumentos creados por Grecia y Roma, era el punto central de este desarrollo. Pero pronto las potencias occidentales van a iniciar un periodo de expansión que les llevará a dominar buena parte del mundo conocido y en concreto, para lo que ahora interesa, el Próximo Oriente y el Norte de África. Las culturas que allí encuentran atesoran considerables riquezas monumentales. Para el conocimiento de las más antiguas, los métodos que se habían aplicado en el estudio de las de Grecia y de Roma se revelan como muy eficaces. Se estudian inscripciones en lenguas desconocidas que se van descifrando poco a poco con la ayuda de documentos bilingües, se excavan ciudades antiguas destruidas o sepultadas, en muchos casos bajo montañas de arcilla que son sus propios edificios desmoronados. Poco a poco estas nuevas '*arqueologías*' se van desgajando del tronco común, orientadas a sus propios monumentos y a sus propias necesidades. Surgen así las primeras '*arqueologías orientales*', que con el paso del tiempo se irán definiendo con mayor claridad, en función de las culturas a las que dediquen su atención.

En muchos de estos procesos se atisba ya la aplicación de principios metodológicos universales, sobre todo la idea estratigráfica de que lo más antiguo está más abajo y lo más moderno más arriba. Pero aún faltaban métodos que permitieran interrelacionar los diversos estratos y documentar no tanto objetos y acontecimientos como procesos.

3.- Uno de los episodios más curiosos es el de las '*minas*'. Las excavaciones de Pompeya y de Herculano se realizaron a través de galerías subterráneas, que en castellano reciben el nombre de minas. Pero la palabra mina tiene también una acepción militar, seguramente la más conocida en la época. Cuando eruditos alemanes revisaron los documentos de los excavadores españoles, que hablaban de minar las ruinas, mezclaron ambos sentidos, el de galería y el de explosivos (*untergraben* y *verminen*) e interpretaron erróneamente que la técnica de excavación consistía en volarlas para recoger los objetos. Algo que aún hoy se sigue repitiendo. Puede verse Félix Fernández Murga, *El descubrimiento de Herculano, Pompeya y Estabia*, Salamanca, 1989, 180 ss. Debemos el conocimiento inicial de esta historia a nuestro colega y amigo José María Luzón durante una inolvidable visita a Pompeya.

El camino hacia la disciplina universitaria y el establecimiento de la metodología

A lo largo del siglo XIX, la Arqueología es la disciplina que preferentemente se ocupa del estudio del pasado del hombre. En 1831 se crea en Madrid una Cátedra de Arqueología en el Colegio Universal de Humanidades de Sebastián Fábregas, que ocupó el anticuario de la Biblioteca Nacional Sebastián Castellanos de Losada. Él mismo, junto con otros colegas, fundará en 1844 la Academia Española de Arqueología, que años después cambiará su nombre por el de Real Academia de Arqueología y Geografía Príncipe Alfonso, entidad que desaparecerá en 1868 a causa, entre otras cosas, de su intento por disputar a la Real Academia de la Historia el control que esta institución tenía sobre las antigüedades. Un rifirrafe entre Arqueología e Historia, el primero de tantos a los que vamos a asistir. Y un rifirrafe inútil, porque la inmediata creación del Museo Arqueológico Nacional acabó por desposeer de ese privilegio a la triunfante Academia de la Historia.

El mismo Castellanos de Losada ocuparía en 1837-1838 la Cátedra de Arqueología del Ateneo de Madrid, y en 1856 la primera Cátedra de Arqueología y Numismática de la Escuela Superior de Diplomática, en la Universidad Central de Madrid. Es autor del primer manual sobre Arqueología que se publica en España: *Compendio elemental de Arqueología*, dividido en tres libros, que incluyen aspectos generales y Grecia el primero; Roma, egipcios, persas y autores clásicos el segundo; y arqueología artística y monumental, con plástica, gráfica, glíptica, numismática, epigrafía, toréutica, iconología y diplomática, el tercero. Esta es la orientación de la Arqueología que se va a convertir en clásica, la que encontraremos también en los programas de la época conservados y la que se mantendrá hasta que adquiera rango universitario en el año 1900 con la creación de una cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid.⁴

En este camino, a lo largo del siglo XIX se establecerán los primeros principios metodológicos propiamente dichos. Paradójicamente, no vendrán de la mano de estas ‘arqueologías’, entretenidas como estaban en la excavación de vastos mundos por descubrir, sino que lo harán de la de una disciplina hermana, con la que a partir de ahora establecerá profundos lazos: la Geología. El estudio de la tierra exigía excavar y la excavación será un método que compartiremos arqueólogos y geólogos. Durante sus excavaciones, los geólogos comenzaron a encontrar restos de seres que habían vivido y que se encontraban aprisionados en capas sedimentarias muy antiguas, lo que abrió el camino de la Paleontología. El interés de geólogos y paleontólogos por secuenciar estos restos y por relacionarlos con las distintas etapas de la historia de la tierra dará lugar al encuentro con quienes se dedicaban al estudio de la historia más antigua de la Humanidad y al nacimiento de una nueva disciplina o —mejor— al desarrollo de una

4.- En realidad no es una creación propiamente dicha, sino una consecuencia de la desaparición de la Escuela Superior de Diplomática y del consiguiente traslado de la cátedra y de su catedrático, Juan Catalina García, a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid. Para todo lo aquí indicado puede verse Mirella Romero Recio, “La arqueología en la enseñanza española durante el siglo XIX: nuevas aportaciones a la luz de documentos inéditos”, en *Arqueología, coleccionismo y antigüedad. España e Italia en el siglo XIX*, Sevilla, 2007, 581-601.

ciencia híbrida entre la arqueología y la geología, a la que podríamos referirnos como arqueología prehistórica o, como pasará a llamarse pronto, simplemente Prehistoria.

Arqueología y Arqueologías

Arqueología y Prehistoria comparten pues objetivos y métodos y se erigen en disciplinas generadoras de conocimiento histórico. La diferencia básica es la cronológica y paralela a ella el diferente desarrollo cultural de los pueblos objeto de estudio. Se llegó a la convención de que la Prehistoria estudiaba la época de la historia de la Humanidad que carecía de documentación escrita y que la Arqueología comenzaba cuando ésta aparecía. Sus estrechas relaciones conceptuales y metodológicas estuvieron presentes durante muchos años en los departamentos de Prehistoria y Arqueología, o de Arqueología y Prehistoria, que todos hemos conocido en las universidades españolas.

Entre una y otra se abre un amplio periodo intermedio, la Protohistoria, que se caracteriza por la carencia de testimonios escritos directos o porque cuando éstos existen no resultan entendibles. Es el caso de la cultura ibérica, por ejemplo, cuya lengua podemos leer, pero no entender. La existencia de escritura no es algo anecdótico; refleja un desarrollo cultural más complejo que en parte facilita el desarrollo de la propia escritura y en parte viene facilitado por él. Lo protohistórico es un concepto cultural, no temporal; mientras que en el quinto o cuarto milenio antes de nuestra era el Próximo Oriente está en plena historia, nuestras tierras occidentales siguen aún, según estos criterios, en la prehistoria.

Aparte de esta Arqueología Protohistórica y de la Arqueología Clásica, que podemos considerar como la *'original'*, en el siglo XX comenzarán a desarrollarse otras arqueologías, también de contenido histórico: Arqueología Medieval, Arqueología Moderna, Arqueología Industrial, etc. Todas ellas comparten buena parte de la metodología, pero se diferencian en el objeto histórico de su estudio y en la formación necesaria para llevarlo a cabo. Es algo que se debe tener muy en cuenta en los planes de estudio, pues cuando el arqueólogo egresado salga al mundo laboral su principal bagaje será el dominio de esa metodología común,⁵ que tendrá que adaptar y completar con recursos y estrategias adecuados a cada época y a cada cultura.

5.- Una buena forma de medir el progreso de la metodología arqueológica es pasar revista a los trabajos que lo han hecho posible. La obra pionera es la de Mortimer Wheeler, *Archaeology from the Earth*, Oxford, 1954 (traducción española en 1961), que estableció un método riguroso de levantamiento de niveles y de registro gráfico; veinticinco años después, Philip Barker, en *Techniques of Archaeological Excavation*, Londres 1977, puso las bases de la sistematización y normalización en la recogida de información, que fue desarrollada y definida por Edward Harris en *Principles of Archaeological Stratigraphy*, Londres 1979 (traducción española de la segunda edición, en 1991). Su identificación y definición de la unidad estratigráfica (UE) como núcleo del trabajo arqueológico ha sido la piedra angular sobre la que se ha desarrollado la moderna arqueología. Andrea Carandini, en *Storie della terra. Manuale dello scavo archeologico*, Bari 1981, adaptó estos principios a la mentalidad latina y se convirtió en manual de referencia y obra insustituible para los arqueólogos durante las últimas décadas. Trabajos más recientes, como los de Colin Renfrew y Paul Bahn, *Archaeology, Theorie, Methods and Practice*, Londres y Nueva York, 1991 (edición española de 1993), o de Martin Carver, *Archaeological Investigation*, Abingdon, 2009, testimonian el progreso de los trabajos arqueológicos y de las bases de la disciplina.

La primera en desarrollarse fue la Arqueología Medieval, que aparece por una parte como lógica continuación temporal de la Clásica y por otra como una forma de enfrentarse al estudio de sociedades muy diferentes de aquellas para las que se había desarrollado la sintaxis de la Arqueología Clásica. Algunos de los iniciadores de esta disciplina fueron arqueólogos procedentes del mundo clásico, preocupados sobre todo por sus etapas más tardías y por cómo desde esas etapas se habían desarrollado nuevas realidades sociales y culturales, cuyos productos eran consecuentemente diferentes de los clásicos. ¿Cómo olvidar a Ranuccio Bianchi Bandinelli, sin duda el arqueólogo clásico que más ha influido en la génesis de estas nuevas arqueologías? Más que de una Arqueología Medieval tendríamos que hablar de varias Arqueologías Medievales, puesto que, como en todas las épocas, las técnicas de aproximación a las diferentes culturas tendrán que estar determinadas por las características de cada una de ellas. No es lo mismo, por poner un ejemplo, la arqueología del Islam medieval —que en no pocos aspectos es una continuidad de la clásica, y para la que el arqueólogo deberá dotarse de recursos intelectuales y técnicos adecuados (comprensión de la cultura islámica, conocimiento del árabe, etc)— que la de los pueblos germánicos, para los que serán necesarios recursos más próximos a los que se utilizan en el estudio de la Arqueología prehistórica y sobre todo protohistórica. Seguramente la Arqueología Protohistórica y la Arqueología Medieval son las ramas de la Arqueología General que más y mejor han evolucionado en las últimas décadas. Ambas surgen al calor de la Arqueología Clásica, pero lo hacen libres del enorme patrimonio y también del enorme lastre que ésta había venido creando y arrastrando desde sus comienzos en el siglo XVIII. Son arqueologías más ágiles, más dinámicas, que sobre todo en los primeros momentos están más abiertas a la incorporación de las nuevas pautas técnicas y estratégicas que llegarán de la mano de la *'Nueva Arqueología'*, a la que luego nos referiremos. Una vez que la Arqueología conquista el Medioevo, y que la Arqueología Medieval toma carta de naturaleza, el interés de la Arqueología seguirá aproximándose a nuestros días. Poco a poco se va desarrollando lo que llamamos Arqueología de las Sociedades Modernas, o lo que es lo mismo, el reconocimiento arqueológico de las sociedades temporalmente más próximas a nosotros. Cuanto más nos acercamos a nuestros días, el volumen de información material es mayor y por tanto el objeto de la arqueología se multiplica exponencialmente. Pero también lo hacen los demás tipos de documentación, especialmente la escrita. El enfrentamiento larvado que se venía produciendo desde décadas atrás entre historiadores y arqueólogos se muestra con toda su crudeza en esta época.

Se había convenido que la arqueología era una forma de estudio de las sociedades prehistóricas, porque para conocerlas era necesario excavar, y salvo contadas excepciones (la etnología, por ejemplo), apenas había otra forma de acercarse a ellas. En el mundo clásico también se aceptaba la arqueología como fuente básica, porque la documentación escrita era escasa, y en época protohistórica porque compartía los principios de la prehistoria y de la clásica. A regañadientes, el Medioevo había acabado aceptando el interés de la Arqueología. Pero para la época moderna parecía totalmente innecesaria. El volumen de información escrita era —se pensaba— más que suficiente para conocer todos los aspectos de las sociedades, y cuando no, ahí estaba por

ejemplo la Historia del Arte, que estudiaba los monumentos visibles y podía cubrir ese vacío.⁶ ¿Qué interés podía haber en obtener información a partir de unos cacharros rotos, de unos establecimientos de los que apenas se conservaban vestigios, cuando documentos escritos y monumentos espectaculares podían darnos cumplida información de todo ello?⁷

Curiosamente, mientras a la Arqueología le costaba horrores abrirse paso en la época moderna, en la contemporánea se había ido desarrollando un interés por lo material que devino en una pseudoarqueología que recibió el nombre de *'Arqueología Industrial'*. Era una *'Arqueología sin Arqueología'*, incluso podríamos decir que una *'Arqueología sin arqueólogos'*; una forma de estudiar desde una óptica historicista, monumentalista, social, pero no arqueológica, un patrimonio industrial que se venía quedando obsoleto y que estaba siendo destruido sin piedad. Costó horrores convencer a los historiadores de la Edad Contemporánea de que aquello no era Arqueología y de que la Arqueología Industrial, o por decirlo con más propiedad, la Arqueología de las industrias, no era sino una parte de la materialidad del mundo contemporáneo, que habría que estudiar desde una perspectiva arqueológica global. Para ello se necesitarían arqueólogos especializados en esa época y en esa temática que además de conocedores de los problemas relacionados con la industrialización y con el fin de la etapa industrial, fueran ante todo arqueólogos y estuvieran capacitados para enfrentarse a esa problemática con las herramientas y con la capacidad conceptual del arqueólogo. Poco a poco se ha ido ganando la partida y hoy la arqueología se integra como una más en las actuaciones de este tipo, aunque todavía genera no pocas reticencias.⁸

-
- 6.- Resulta curioso el papel de la Historia del Arte en este proceso. Cuando hablamos de Historia de la Antigüedad (y vale para cualquier otro periodo histórico) o de Historia de la Arqueología se entiende que estamos tratando no de la disciplina en sí, sino de su historia. En cambio, cuando lo hacemos de Historia del Arte nos referimos al estudio del arte y de su evolución, no al de su historia.
 - 7.- Esta consideración no deja de ser una falacia. Arqueología e Historia proporcionan información diferente y complementaria. Como muestra, podemos traer a colación el estudio llevado a cabo por la Universidad de Lincoln en East Anglia a partir de dos mil sondeos arqueológicos realizados simultáneamente y con la misma metodología para intentar determinar el impacto que tuvo sobre la población la epidemia de peste negra que se conocía por las fuentes documentales. El resultado ha sido constatar que los materiales cerámicos que pueden datarse a mediados del siglo XIV se reducen entre un 40 y un 70 %, con picos que alcanzan el 80 por %. Ello testimonia una fortísima reducción de la población que los utilizaba y la crisis de esa clase social *'silenciosa'* que apenas dejó otra huella en la historia que la de su mera existencia. La arqueología por sí sola habría podido medir esa catástrofe y datarla a mediados del siglo XIV. El cruce con la historia escrita nos permite poner nombre y fecha al episodio que lo generó: la epidemia de peste negra entre 1346 y 1351. Véase Lewis Carenza, "Disaster recovery: new archaeological evidence for the long-term impact 'calamitous' fourteenth century", *Antiquity*, 90, 2016, 351, 777-797.
 - 8.- Para los que dudan del interés de la arqueología en el conocimiento de las sociedades contemporáneas, no estaría de más recordar que actualmente se está llevando a cabo una importante actuación arqueológica en los vestigios del maremoto de Fukushima. El objetivo es estudiar los daños del tsunami y los producidos por la limpieza y la descontaminación, así como obtener enseñanzas para lo que el artículo denomina con acierto *"el futuro contemporáneo"*. Véase Nathan Schlanger, Laurent Nespoulous y Jean-Paul Demoule, "Year 5 at Fukushima: a 'disaster-led' archaeology of the contemporary future", *Antiquity*, 90 350 (2016): 409–424.

¿Por qué se produce este hecho? Pues por algo que a mí me gusta llamar “*el complejo de superioridad de la historia documental*”. A lo largo de mi carrera, no son pocas las veces que hemos discutido (casi siempre en el buen sentido de la palabra) con otros historiadores, historiadores de la historia escrita. Para ellos, la Historia con mayúsculas es la que se obtiene de los documentos escritos, que serían más fiables, claros, abundantes, de fácil interpretación (y aquí podemos incluir todos los términos positivos que se nos ocurran) frente a los arqueológicos, que son escasos, oscuros, que en muchos casos hay que buscar y que deben ser siempre objeto de interpretación, puesto que por sí mismos, y salvo casos excepcionales, es poco lo que nos dicen. Es el síndrome de “*las dos hermanas celosas*”, en palabras magistrales de Paolo Deologu.⁹ En realidad historia documental y arqueología contribuyen, junto con otras muchas disciplinas, al conocimiento del ser humano y del mundo en que se desenvuelve. La Historia, con mayúsculas, sería el tronco del árbol que se nutre de todas esas ramas.

De forma paralela a la extensión del ámbito temporal de la Arqueología se han ido gestando, en los últimos cincuenta años, arqueologías temáticas que en muchos casos son verdaderas especializaciones dentro de la disciplina pero que en ocasiones son meros recursos nominalistas para aprovechar e incluir el nombre de Arqueología, que era un nombre que ‘*se vendía*’ bien. Así, podemos hablar de Arqueología Subacuática, Arqueología Urbana, Arqueología del Territorio, Arqueología de los Paisajes, Arqueología de Género, Arqueología de la Muerte, Arqueología de Culto, Arqueología de la Religión, Arqueología de los Espacios Domésticos, Arqueología de la Arquitectura, Arqueología de las Imágenes, Arqueología Forense¹⁰, etc. Muchas de estas Arqueologías tienen su propia razón de ser y se han consolidado como verdaderas especializaciones, con un cuerpo doctrinal propio y a veces métodos de intervención también propios, en su mayor parte variaciones y adaptaciones de la metodología de trabajo tradicional. Su interés es evidente, pero su mera enumeración desbordaría los límites marcados para esta lección¹¹.

La Arqueología Urbana fue una de las primeras. Su objeto era el estudio arqueológico de las ciudades superpuestas, con el fin de mejorar el conocimiento de la historia de la ciudad y de facilitar la salvaguardia del patrimonio arqueológico en los nuevos planes de ordenación urbana que por entonces se desarrollaban.¹² Pero si ahora la destaco sobre las demás no es

9.- Paolo Deologu en Convegno “*Riccardo Francovich e i grandi temi del dibattito europeo. Archeologia, storia, tutela, valorizzazione, innovazione*”, Siena, Santa Maria della Scala, 16 novembre 2007. <http://archeologiamedievale.unisi.it/insegnamento/mediacenter/riccardo-francovich-e-i-grandi-temi-del-dibattito-europeo-archeologia-storia-tutela-14> . Consulta 20 de julio de 2016.

10.- Uno de los ejemplos más significativos es la arqueología que se ocupa, por ejemplo, de todo lo relacionado con las fosas de la guerra civil.

11.- A las ya citadas podríamos añadir otras arqueologías que responden a movimientos sociales de amplio desarrollo hoy en nuestra sociedad, como las de género, la infancia, la sexualidad, la homosexualidad, los nacionalismos, etc. Otras se orientan hacia el conocimiento de la biodiversidad y su sostenibilidad. O presentan nuevos enfoques sobre problemas largamente discutidos, como la Arqueología postcolonial o la ‘*Agency Archaeology*’. Algunas están estrechamente relacionadas con otras ciencias, como la Bioarqueología y la Geoarqueología.

12.- El patrimonio arqueológico, a diferencia del construido, permanece oculto hasta que la excavación lo saca a la luz, lo que obliga a realizar una labor de documentación previa a las intervenciones urbanísticas. Algunas de las instituciones creadas en ese momento

por su importancia, sino porque sirve para ejemplificar un caso flagrante de apropiación del nombre de Arqueología por algo que nada tiene que ver con ella. Se trata de las llamadas ‘arqueologías urbanas’, término utilizado, al menos en Alicante, para designar unos *“montajes efímeros, quizás de no demasiada importancia, pero [que] al fin y al cabo forman parte de nuestra vida y nuestro paisaje ciudadano durante unos días al año: en Carnaval”*.¹³ Es decir, son los montajes que se hacen en la ciudad con este motivo, algo que oí por primera vez hace unos años en boca de uno de sus alcaldes y que me lleva a preguntar: ¿Qué entenderían realmente por Arqueología los inventores de esta expresión?

La teoría en Arqueología

En el desarrollo de la disciplina arqueológica existe un antes y un después, un momento en el que se produce una inflexión a partir la cual deja de ser anárquica y se convierte en metódica, dotándose poco a poco del cuerpo doctrinal propio de una disciplina científica.

A lo largo las primeras décadas del siglo XX se habían venido gestando movimientos orientados a mejorar y sistematizar la recogida de información, sobre todo en el campo, así como a la forma de estudiar y presentar los materiales. Bástenos aquí recordar a figuras como sir Mortimer Wheeler o su discípula Kathelyn Kenyon, sistematizadores del método de excavación con el que nos formamos todos los arqueólogos de mi generación: el famoso método Wheeler.

Pero estos movimientos eran ante todo propuestas pragmáticas, derivadas de las necesidades del trabajo de campo, consustancial a la Arqueología. La verdadera revolución no llegará hasta los años 60 del siglo XX, cuando surja un movimiento estrechamente vinculado a la filosofía de la ciencia en el ámbito anglosajón que recibió el nombre de *‘Nueva Arqueología’*¹⁴

La *‘Nueva Arqueología’* tiene una doble vertiente. Por una parte, la incorporación a la disciplina de todas las innovaciones que permitía el desarrollo de la informática, de los ordenadores y de las múltiples facilidades que éstos conllevaban: bases de datos, estadísticas, información gráfica, que se han ido desarrollando a medida que la incesante aparición de máquinas cada vez más potentes lo ha hecho posible. El crecimiento ha sido exponencial y hoy es impensable desarrollar un proyecto arqueológico al margen de estos recursos.

La arqueología se presta muy bien a ello, porque la materia prima sobre la que basa su estudio es una materia prima material,

cumplieron con creces su función, pero poco a poco el conflicto con los intereses especulativos inmobiliarios y el escaso interés de las autoridades las fue vaciando de contenido o las condenó a una irremediable desaparición. El Taller Escola d’Arqueologia de Tarragona (TEd’A), desaparecido, y el Servicio de Arqueología Municipal de Valencia (SIAM), vaciado de competencias, son buenos ejemplos de ello.

13.- Definición extraída de la página web de la Asociación Cultural Alicante Vivo, <http://www.alicantevivo.org/2009/02/carnaval-2009-arqueologias-urbanas.html>. Consulta 15 de julio de 2016.

14.- Son muchos los trabajos dedicados en este marco a la fundamentación teórica de la Arqueología. Por citar algunas síntesis recientes y claras, véanse Sonia Gutiérrez Lloret, *Arqueología. Introducción a la historia material de las sociedades del pasado*, Alicante 2001, 39-116; también Esther Álvarez Vidaurre, *“Interpretación en Arqueología. Teorías del Conocimiento”*, *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 15, 2007, 9-30.

valga la redundancia. Son objetos que se pueden tocar, medir, pesar, inventariar, contabilizar, dibujar, fotografiar, relacionar... Poco a poco se van realizando ensayos tendentes a sistematizar el proceso integral del trabajo arqueológico. Salvo la excavación y las tareas mecánicas propiamente dichas, todo el proceso se va realizando a través de aplicaciones integradas que permiten recoger la información de campo (unidades estratigráficas, grupos de unidades, etc), describir y contabilizar los materiales, vincularlos con sus respectivas unidades, ubicarlos en su lugar correspondiente e insertarlo todo en su ambiente cultural. En la última década se ha incorporado a este proceso la fotogrametría digital, con la utilización de cámaras, escáneres laser y medios aéreos como ultraligeros o drones. Son proyectos que bullen en las mentes y en los ámbitos de los arqueólogos, con múltiples ensayos que no acaban de cristalizar todavía en un modelo definitivo. Podemos decir que hoy, unos setenta años después del inicio de la *'Nueva Arqueología'*, la actividad práctica de la disciplina está bastante normalizada.¹⁵

Pero esta es solo una parte de la revolución que se desarrolla con la *'Nueva Arqueología'*. La otra, la que realmente está en el núcleo de la Arqueología moderna es la epistemológica, el planteamiento de que la Arqueología no es solo una técnica para recuperar información del subsuelo, sino una disciplina científica que requiere de principios, marcos teóricos, objetivos y métodos. Y la Arqueología que emana de ella es de múltiples enfoques, compleja y dispar, algunas de cuyas vías desaparecieron pronto, en tanto que otras han llegado a constituir el núcleo fundamental de la disciplina.

La primera línea de esta *"Nueva Arqueología"*, que recibe también el nombre de *"Arqueología Procesal"* o *"Arqueología Procesual"*, podemos personificarla en el antropólogo norteamericano Lewis Binford, que entiende la cultura como una adaptación al medio. El objeto de la arqueología sería reconstruir todo el sistema cultural a partir uno de sus subsistemas: el tecnológico, que a diferencia de los otros (social e ideológico) es el único que se conserva materialmente¹⁶. El arqueólogo trabaja con restos materiales, igual que el antropólogo, pero a diferencia de éste no puede contrastarlos con la realidad actual, por lo que Binford insiste en la importancia de incorporar la antropología a los estudios arqueológicos. Tanto, que llega a afirmar que *"la arqueología o es antropología o no es nada"* y renuncia en buena medida a su dimensión histórica. Hay que entender que ello se produce en un marco esencialmente norteamericano, en el que la arqueología tiene como ámbito de estudio apenas doscientos años y donde en cambio la antropología cuenta con un magnífico campo de experimentación,

15.- El Área de Arqueología de la Universidad de Alicante desarrolló hace años un sistema de gestión integrada de información arqueológica (SIA: Sistema de Información en Arqueología) que ahora mismo está siendo remodelado en el sentido arriba indicado mediante un convenio con el grupo de investigación del Instituto de Desarrollo Regional de la Universidad de Castilla-La Mancha que dirige David Hernández, dentro del proyecto *"Infraestructura de datos espaciales de patrimonio arqueológico de Castilla-La Mancha"*. Incluye la gestión de la documentación arqueológica obtenida en el campo y los procesos de estudio e interpretación subsiguientes. Incorpora también aspectos de gran potencial apenas tratados hasta el momento, como las variables cronológicas. Véase L. Abad, *"Un ensayo de cronología automatizada"*, *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia, Homenaje a Emeterio Cuadrado*, 17-18. 2001-2002, 523-531.

16.- Sally R. Binford y Lewis R. Binford, *New Perspectives in Archaeology*, Chicago, 1968.

impensable en contextos históricos más antiguos. Todos estos condicionantes, y todas estas contradicciones, hicieron que en esta versión la Nueva Arqueología tuviera poco desarrollo fuera del ámbito anglosajón y más específicamente del prehistórico. Las arqueologías históricas, constreñidas todavía al mundo protohistórico y antiguo, con algunas incursiones en el medieval, siguieron una senda más tradicional, historicista y positivista, con algunas pinceladas de otras versiones de la Nueva Arqueología que pronto se harían visibles.

Una de éstas, que aúna principios epistemológicos con propuestas reales, es la Arqueología Analítica de David L. Clarke, que publica su obra básica en 1968¹⁷. En su propuesta, la arqueología se ocupa de la recuperación, descripción, sistematización y estudio de la cultura material del pasado, algo que no difiere mucho de la definición tradicional, aunque Clarke siga para ello un método científico basado en el hipotético-deductivo que correctamente aplicado debería reducir la subjetividad en los estudios y las interpretaciones arqueológicas.

Tanto la Arqueología Procesal como la Arqueología Analítica intentan asimilar la arqueología a las ciencias ‘puras’, renunciando para ello en buena medida a su contenido histórico. Sin embargo, la dificultad de aplicar estos modelos a disciplinas básicamente humanísticas hizo que pronto cayeran en desuso, aunque se conservaran muchas de las facetas metodológicas que habían contribuido a desarrollar.

Uno de los causantes de esta caída en desgracia fue el Materialismo Histórico, que contemplaba el cambio de las sociedades desde una perspectiva social y tomaba en consideración a los agentes de este cambio, algo de lo que se habían olvidado las propuestas anteriores. Esta arqueología se basa en los datos materiales para reconstruir los procesos de cambio que tienen lugar en las sociedades que los producen. El materialismo que se impone en Europa no es el rígido materialismo ortodoxo sino una versión más ligera, mucho más flexible, que se desarrolla en Italia en torno a Ranuccio Bianchi Bandinelli y los discípulos que con él se formaron. Esta escuela ha contribuido poderosamente al desarrollo de la arqueología moderna, tanto en los aspectos conceptuales como en los metodológicos, desarrollando herramientas y estrategias adecuadas para las culturas europeas, básicamente las del mundo clásico, pero exportables a las demás etapas históricas. La escuela italiana permitió superar los rígidos corsés de la arqueología tradicional y supo desarrollar e incorporar herramientas nuevas, algunas de las cuales, como la metodología de excavación y registro Barker-Harris, desarrollada en Inglaterra, han supuesto una verdadera revolución en el ámbito de la arqueología.¹⁸ Además, tuvo el mérito de destacar la importancia de los estudios arqueológicos para sacar a la luz a una gran parte de la sociedad, que apenas dejó otro testimonio que el de su existencia.¹⁹

17.- David L. Clarke, *Analytical Archaeology*, Londres, 1968. Traducción española de 1984.

18.- Esta incorporación fue tan intensa que en el ámbito latino a menudo se tiende a pensar que sus creadores fueron los propios investigadores italianos.

19.- Véase, por ejemplo, Andrea Carandini, *Arqueología y cultura material*, Bari 1975 (traducción española de 1984), o Felipe Bate, *Arqueología y materialismo histórico*, México, 1977. Reflexiones más modernas pueden consultarse en la obra *La materialidad de la historia. La arqueología en los inicios del siglo XXI*, coordinada por Juan A. Quirós Castillo, Madrid 2013, así como en las reflexiones

Aunque el materialismo histórico ha sido la corriente teórica que más ha influido en la Arqueología moderna, existen otras que han postulado líneas diferentes. Entre ellas las que otorgan especial importancia al punto de vista del individuo que desarrolla la actividad científica. Es una tendencia que deriva del estructuralismo, tan extendido en el ámbito de la lengua, y que potencia el estudio de las dimensiones simbólicas e ideológicas de la cultura a través sobre todo de análisis semióticos, en los que el estudioso interviene como un factor más, y deja también una puerta abierta a los estudios antropológicos y etnográficos. Otras corrientes comparten con el estructuralismo esta reacción idealista y pueden agruparse en la llamada Arqueología Contextual, cuyo principal representante es Ian Hodder²⁰. Propugna un retorno a la dimensión histórica de la arqueología y de la historia en general, pero niega su dimensión científica. Según esta teoría, los datos arqueológicos están tan matizados por la intervención del arqueólogo que resulta imposible establecer una teoría científica y cada actuación e interpretación arqueológica no pasa de ser algo exclusivamente personal. Estas posturas han sido llevadas al extremo por movimientos como el postestructuralismo y el deconstructivismo, que llegan a negar la existencia del “pasado real” y la posibilidad de desarrollar una historia —que no solo una arqueología— objetiva. El investigador sería el que crea ese pasado desde su propia posición, desde la manera en que se enfrenta a los datos. Llevada a su extremo, esta corriente pone en duda el conocimiento objetivo del pasado y en consecuencia llega a hablar de una ‘arqueología de migajas’ y a proponer, en último término, la ‘disolución de la ciencia’.²¹

La Arqueología, hoy

De esta intensa confrontación dialéctica entre los objetos y la forma de interpretarlos parece desprenderse la idea de una disciplina en crisis, en permanente ebullición, y probablemente es así. Pero es una crisis positiva, de la que van surgiendo nuevas orientaciones, nuevas líneas de intervención e interpretación que se van integrando en el cuerpo doctrinal de la disciplina al tiempo que la enriquecen con nuevos puntos de vista, aportaciones, objetivos, etc.

No sé si en algún momento llegaremos a alcanzar esa homogeneidad, al menos aparente, de que gozó la disciplina a mediados del siglo XX. Es posible que no, y seguramente será mejor que no sea así. Del debate, de la discusión, de la confrontación de

planteadas por Umberto Moscatelli, Marc Conesa, Pablo Giménez-Font y Carlo Tosco, tituladas “*Archeologia e mondo contemporáneo: quattro opinioni su La materialidad de la historia*”, en *Siris*, 15, 2015, 199-212. También Jaime Almansa Sánchez, ed. *El futuro de la arqueología en España*, San Fernando de Henares, 2011, donde cuarenta y cinco profesionales de diversos ámbitos relacionados con la arqueología exponen sus opiniones, experiencias y reflexiones.

20.- Ian Hodder, *Reading the Past. Current approaches to interpretation in archaeology*, Cambridge 1986; revisado en 1991 y 2003. Traducido al español en 1988.

21.- Una historia actualizada y crítica de esta evolución de la arqueología puede verse en el libro de Bruce Trigger *A History of Archaeological Thought*, Cambridge 2006, 2ª ed. Traducción española de la primera edición: *Historia del pensamiento arqueológico*, 1992 .

opiniones, saldrá una Arqueología más reforzada, más preparada para los desafíos de todo tipo que están por llegar. Y seguro que nuestra universidad seguirá teniendo mucho que decir en todo este proceso.

Pero para que eso ocurra es preciso que los principios de lo que partamos sean claros y firmes. Ya hemos dicho que, en nuestra concepción, la Arqueología es una disciplina histórica y antropológica que estudia la humanidad a partir de sus vestigios materiales, estén enterrados o no, para obtener conocimientos sobre su forma de vida, tanto en lo que se refiere a su ubicación en el espacio y en el tiempo como a su desarrollo social y cultural.

Pero con estos principios hay que bajar al terreno. La arqueología tiene una vertiente importantísima de trabajo de campo, unas veces dentro de programas pensados y desarrollados, de investigaciones de larga duración; otras, forzada por obligaciones concretas, como obras públicas y privadas, urbanizaciones, edificios, etc.²² Todas comparten algo en común: intervienen sobre el patrimonio y son creadoras de patrimonio. Un patrimonio que debe ser identificado, documentado, estudiado, investigado, consolidado, conservado, mantenido y difundido. Todo lo que se convierte en patrimonio tiene unos *'derechos'* definidos por leyes autonómicas y nacionales, directivas de la Unión Europea y recomendaciones que la Unesco y otros organismos internacionales publican periódicamente en forma de Cartas. Estos derechos crean a su vez deberes que no generan otras investigaciones históricas, como el importantísimo de Tutela, cuyo cumplimiento es exigible a los investigadores y a las instituciones responsables. Son derechos y deberes que hay que respetar, cumplir y hacer cumplir.²³

Por último, pero no por ello menos importante, el arqueólogo tiene la obligación de contribuir a mejorar el papel que la Arqueología tiene en la sociedad y también la forma en que ésta la percibe. Para mucha gente, la Arqueología sigue siendo una especie de aventura legendaria, dedicada al estudio de sociedades lejanas y misteriosas, protagonista de grandes descubrimientos llevados a cabo por héroes casi míticos. Esto que tanto llama la atención son casos excepcionales, que los hay y sobre todo los hubo en los inicios de la Arqueología. Pero lo que hoy estudia principalmente son monumentos próximos, conocidos de antiguo o descubiertos por ella misma, tanto si son espectaculares como si apenas tienen valor material. Ellos son los que nos van a permitir conocer mejor nuestra historia y a quienes la desarrollaron.

Tenemos que ser conscientes de que en este mundo de la inmediatez y la imagen la arqueología va perdiendo la carrera del interés social. El medio ambiente, el patrimonio natural, el mundo que nos rodea (el Umwelt que oí por primera vez

22.- En esta nueva concepción de la Arqueología, el objetivo principal no es tanto documentar objetos y acontecimientos como los procesos que los han hecho posible. Por poner un ejemplo que sin duda nos resultará próximo, en su momento el hallazgo de la dama de Elche fue un hito importantísimo y la obsesión por sacar nuevas damas de Elche un tema recurrente en nuestra arqueología. Pero lo que hoy interesa a los arqueólogos es entender qué y cómo hizo posible que existiera la dama, por qué estaba donde se dice que estuvo, cómo llegó a estar allí y qué significaba para aquellos que la fabricaron, utilizaron y ocultaron. Para todo ello hay que estudiar el objeto en sí, naturalmente, pero también su entorno y su contexto.

23.- Véase por ejemplo, el trabajo colectivo coordinado por Agustín Azkárate, *“La Arqueología hoy”*, en el congreso *Medio siglo de Arqueología en el Cantábrico Oriental y su entorno*, Vitoria-Gasteiz, 2009, 599-615.

en Alemania a principios de los noventa) nos va ganando la partida. Tiene vida propia, se mueve por sí mismo, despierta con facilidad el interés del espectador. En cambio, la arqueología y el patrimonio material son inmóviles, estáticos, hay que conferirles movimiento, visualidad, y eso no siempre resulta fácil. Grandes documentales sobre arqueología desarrollados con muchos medios y recursos avanzados resultan planos, pesados, faltos de vida. Si no conseguimos interesar a la sociedad, no debe extrañarnos que ésta considere el patrimonio arqueológico como un obstáculo para su progreso y no como un motor de desarrollo cultural y ¿por qué no? también económico.

Promover esta función social es vital para la disciplina. Es evidente que se necesita una base empírica sobre la que trabajar y que ésta no siempre existe, pero en muchísimas ocasiones los monumentos están ahí, al alcance de nuestra mano, y dejamos que se hundan o que arrastren una existencia miserable. Se necesitan arqueólogos que sepan interpretarlos y presentarlos y administradores que se interesen por ellos, que se dejen asesorar por profesionales y expertos y que se convenzan de que pueden contribuir a la mejora social y económica de nuestra sociedad. Tenemos la materia prima y profesionales capaces de sacarle el partido necesario. Sólo hace falta que seamos capaces de diseñar las estrategias y los procesos correspondientes y de ponerlos en marcha.²⁴

Ejemplos no faltan. Vamos a mencionar dos de ellos. Uno, el de la catedral vieja de la ciudad de Vitoria, donde un equipo interdisciplinar formado en torno al grupo de *“Patrimonio construido”* del Área de Arqueología de la Universidad del País Vasco diseñó un proyecto de intervención que en sí mismo se erigió en polo de atracción. Su lema “abierto por obras” se ha convertido en *leit motiv* de toda intervención patrimonial que se precie. El proyecto ha sido capaz de revitalizar por sí mismo una parte de la ciudad que estaba muy necesitada de ello.²⁵

Otro ejemplo más próximo es el de Cartagena. La ciudad cuenta con un patrimonio arqueológico riquísimo que había pasado desapercibido y que en realidad los cartageneros consideraban como un obstáculo para su desarrollo. El proyecto del teatro romano, que se inicia como algo marginal y que contra viento y marea consigue excavar y poner en valor el monumento, ha dado un vuelco a esta opinión. A la vista de su rentabilidad social y económica se han ido rescatando del olvido otros proyectos ya realizados o a medio realizar que han permitido diseñar un recorrido cultural que constituye hoy el principal atractivo de la ciudad. No solo eso, ha facilitado el desarrollo de otros como el del Molinete, que cuenta con patrocinadores públicos y privados (sí, privados) que aumentan extraordinariamente su potencialidad. Son proyectos interdisciplinares de larga duración (veinte años en el caso del Teatro), diseñados y desarrollados por arqueólogos en permanente colaboración con otros profesionales, muy alejados de las intervenciones populistas guiadas por la inmediatez y la búsqueda de resultados

24.- Podemos citar, a manera de referencia, dos obras recientes que muestran distintas formas de abordar el patrimonio cultural: María Ángeles Querol Fernández, *Manual de gestión del patrimonio cultural*, Madrid, 2010, y Antonio Espinosa Ruiz y Carmina Bonmatí Lledó, *Manual de accesibilidad e inclusión en museos y lugares de patrimonio cultural y natural*, Gijón, 2014

25.- Agustín Azkarate, Leandro Cámara, Juan Ignacio Lasagabaster y Pablo Latorre, *Plan Director para la Restauración de la Catedral de Santa María de Vitoria-Gasteiz*, Vitoria-Gasteiz, 2001.

espectaculares a las que por desgracia estamos acostumbrados.²⁶ La Arqueología es una ciencia que precisa tiempo, reflexión, pero sobre todo inteligencia.

Tiempo, reflexión y un poco de inteligencia es lo que puede ofrecer la universidad, marginada en muchos de estos procesos en beneficio de organismos más directamente relacionados con la administración, y por lo tanto más fácilmente controlables, o de empresas profesionales en las que la urgencia e inmediatez son, por necesidad e imposición, seña de identidad. La actuación de la universidad tendría que basarse en programas a largo plazo, en los que la investigación estuviera estrechamente imbricada con la docencia, de manera que nuestros alumnos pudieran obtener su formación práctica dentro de los programas de las asignaturas y a través de sus propios profesores. Algo que resulta imposible con el diseño de los actuales planes de estudio. Es mucho lo que queda por delante. La ciencia arqueológica ha recorrido un largo camino con la renovación de su forma de trabajar, de su forma de pensar, de enfrentarse a los desafíos y a los problemas. Ahora tiene ante sí otro reto: hacerlo interesante y asumible por la sociedad. Necesitamos dar a conocer y despertar el interés por los antiguos vestigios materiales, por su conocimiento y por su valor, pues nadie valora lo que no conoce. Para ello hay que poner especial énfasis en la enseñanza; es en las escuelas donde hay que comenzar a enseñar el valor del patrimonio y a poner las bases de su comprensión e interpretación. Sin inventos ni tergiversaciones, que probablemente sea lo más difícil.

Y para concluir, no olvidemos nunca que la arqueología es una disciplina histórica, una disciplina que, en palabras de Sonia Gutiérrez Lloret, una de las discípulas a las que me referí al comienzo de esta lección: *“da voz a esas personas silenciosas que construyeron la materialidad de nuestra historia”*.

26.- Por citar algunas obras de conjunto. Para el teatro, Sebastián Ramallo Asensio, *Teatro romano de Cartagena*, Cartagena 2009; y para el Molinete, José Miguel Noguera Celdrán, *Arx Hasdrubalis. La ciudad reencontrada. Arqueología en el cerro del Molinete (Cartagena)*, Murcia 2010.